

## IN MEMORIAM

### JOSÉ GUERRA CAMPOS, OBISPO

El 15 de julio pasado, apenas un año después de haber dejado la diócesis de Cuenca —que pastoreó durante veintiséis años—, fallecía en Sentmenant don José Guerra Campos. Estaba pasando unos días de descanso en la Fundación Padre Piulachs, tan unida a esta casa, con nuestros queridos amigos los padres Alba, Martínez Cano y Turú, entre otros. Su consagración episcopal databa de 1964 y había nacido en Ames (La Coruña) el 13 de septiembre de 1920. Iba, pues, camino de los setenta y siete.

Sus primeros años van unidos a la Galicia natal, en concreto al Seminario de una Compostela que siempre estaría en su corazón. Luego, con la interrupción de nuestra guerra —en la que combatió como voluntario del ejército nacional—, completaría sus estudios en la Universidad Gregoriana de Roma y en la Pontificia de Salamanca. Presbítero en 1944, desempeña su ministerio sacerdotal en Santiago hasta 1964 —desde 1951 como canónigo de su catedral—, con algunas estancias de estudios en Roma. Durante esos años, no obstante, con una intensa dedicación a la predicación —se remonta a entonces su fama de orador sagrado—, es profesor en el Seminario Mayor, en el Instituto de Cultura Religiosa Superior y en las Facultades de Medicina y Farmacia. También consiliario de los Jóvenes Universitarios de Acción Católica, viceconsiliario de la Archicofradía del Apóstol Santiago —director también de su boletín *Compostela*—, secretario de las Juntas de los Años Santos Jacobeos, miembro del Centro de Estudios Jacobeos y del Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos (del Consejo Superior de Investigaciones

Científicas), y director adjunto en una de las fases de las excavaciones arqueológicas en la catedral.

Consultor del episcopado español en el Concilio Vaticano II entre 1962 y 1963, a partir de 1964 asiste ya como obispo a las sesiones de 1964 y 1965, con una intervención resonante sobre el ateísmo marxista en el debate de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*. Su presencia romana continuará durante los años inmediatamente siguientes, como miembro del Secretariado Pontificio para los No Creyentes (1965-1973), del Comité de Enlace de las Conferencias Episcopales Europeas (1965-1972), y representante del episcopado español en el Primer Sínodo de Obispos en Roma (1967), siendo convocado para el segundo por la Secretaría del Sínodo (1969).

Asimismo, durante esos años, su quehacer se mutiplicará de manera en verdad asombrosa: Secretario General del Episcopado Español, presidente de la Unión Nacional del Apostolado Seglar, consiliario de la Junta Nacional de la Acción Católica Española, presidente de la Comisión Católica Española de la Infancia, presidente del comité rector de la Campaña contra el Hambre en el Mundo, director del Instituto Central de Cultura Religiosa Superior. Si a esto añadimos su condición de procurador en Cortes entre 1967 y 1976, así como —hasta esta última fecha— de miembro de la Junta del Patronato Menéndez Pelayo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y presidente de la Comisión Asesora de Programas Religiosos de RTVE, su quehacer resulta francamente impresionante.

Desde 1973, por volcarse en su diócesis conquesa —y quienes hemos tenido la gracia de frecuentarle podemos dar fe de hasta qué punto heroico esto es así— y también por un distanciamiento cada vez más patente de los nuevos aires eclesiales, todo el variado y aparente frenesí de su ejecutoria se remansará en la dispensación de los sacramentos y la orientación de los fieles con la palabra y las páginas del *Boletín Oficial del Obispado*. Lo que no hará sino acentuarse a partir de 1976 con su disconformidad —por razones doctrinales y pastorales, quede claro— con el cambio político operado en nuestra patria.

\* \* \*

Su producción intelectual es también notable y, según él mismo la clasificaba, pueden distinguirse unas publicaciones de carácter teológico, filosófico y pastoral y otras de tema histórico y arqueológico. De entre las segundas, y amén de un buen número de estudios jacobeos —la pasión compostelana ya dijimos que nunca le abandonó— y sobre el patrimonio histórico-artístico —bien de Galicia, bien de su diócesis conquense—, debemos destacar en esta sede las siguientes: «Informaciones sobre la negociación del Concordato entre la Santa Sede y España» (1973-1975), «Valoración de la Asamblea Conjunta a los diez años de su celebración» (1981), «La ley del divorcio y el episcopado español» (1981), «La Iglesia en España (1936-1975). Síntesis histórica» (1986) y «Crisis y conflicto en la Acción Católica Española y otros órganos nacionales de Apostolado Seglar desde 1964. Documentos» (1989). Los tres últimos son libros.

En lo que toca a la obra religiosa, sorprende por lo extraordinario de su riqueza y variedad: teología dogmática, pastoral, antropología filosófica, historia de la Iglesia, teología moral, misionología, apologética, etc. Así, uno puede toparse con títulos como «Qué es un obispo» (1949), «La influencia religiosa de Descartes» (1950), «La lección de Santo Tomás» (1951), «El evolucionismo de Teilhard de Chardin» (1957), «La teología de la perfección del cuerpo» (1960), «La diferencia cuantitativa entre la Escritura y la Tradición» (1963), «Empresarios y bienaventuranzas» (1965), «El dinamismo misionero de la fe ante la actual crisis religiosa» (1968), «Las siete palabras de Cristo en la cruz» (1970), «Aspectos teológicos de la conquista del espacio» (1970), «Ateísmo hoy» (1978), etc.

Deliberadamente he excluido de la escueta relación anterior un conjunto de textos centrados en las relaciones entre la Iglesia y la comunidad política, que —desde la especificidad de nuestra revista— no pueden quedar sin una glosa especial. Quizá sea este aspecto el que más notoriedad proporcionó a don José en los últimos veinte años, normalmente basada en una absoluta incomprensión de su magisterio, que no era otro que el de la Iglesia, y de sus móviles, que no eran otros que los pastorales. ¡Qué diferencia con otros empeñados en enseñar las doctrinas

del siglo como si fueran las de la Iglesia! Las *sot-disant* «memorias» del cardenal Tarancón, por ejemplo, insisten en presentar a un Guerra Campos «político», terco responsable de enfeudar a la Iglesia con el franquismo. Sin embargo, la impresión que producen es muy otra, pues —al margen de la propia trayectoria del acusador— es propiamente el lenguaje de éste el que evidencia un politicismo que lo sacrifica todo, no a la doctrina de la Iglesia, sino a la causa de la democracia. Y ese sí que es un feudalismo disolvente y operante en nuestros días. Las páginas de don José, por el contrario, siempre exhiben el agudo discernimiento, el juicio ponderado, el sentido eclesial, incluso cuando —y en mí desde luego es excepcional— no convencen algunas de sus razones o de sus conclusiones.

En una coyuntura signada por el confusionismo, en buena medida un confusionismo episcopal, don José Guerra Campos quizá haya sido el único obispo español que mantuvo clara la visión y netos los criterios. Y de modo coherente. Porque habló con claridad, e incluso formuló algún juicio altamente polémico, sobre el significado de la ley de despenalización del aborto. Y antes sobre la que introdujo el divorcio vincular, de la que llegó a culpar a sus propios hermanos en el episcopado. Pero previamente había sabido ver en la Constitución la fuente de que habían de manar inexorablemente tales males. Así como había advertido de a dónde llevaba una «reforma» política bajo la que se adivinaba sin apenas disimulo una intención rupturista de la tradición católica del pueblo español. Pero es que, anteriormente, también había brotado de ahí su juicio sobre el régimen de las Leyes Fundamentales, hallando explicación igualmente su admonición —en 1976!— sobre la monarquía católica. En algunas de esas tomas de posición contó con adhesiones. Sin embargo, se fue quedando solo progresivamente, a causa bien de las dimisiones —ya por edad, ya por salud— de algunos de los obispos que le habían acompañado, bien del «moderantismo» de otros, y llamativamente de quienes por dignidad e influencia tenían también mayores responsabilidades.

Así, por ejemplo, cuando el XIV centenario del III Concilio de Toledo, en 1989, tras reproducir en el *Boletín Oficial del Obis-*

*pado de Cuenca* (núms. 8-10, agosto-octubre de 1988) la Instrucción dictada a tal efecto por la Comisión Permanente del Episcopado Español, añadía, como ya en alguna ocasión anterior había hecho, un extenso trabajo suyo que concluía por resultar contrapunto del primero. Escribía: «La instrucción (...) antes reproducida, recuerda y exalta los frutos que ha producido en la historia la Unidad Católica de España, celebrada en el III Concilio de Toledo. El documento parece dar por clausurado el período histórico de esa Unidad. Y ante las nuevas circunstancias, que a su parecer la excluyen, el documento urge la unión de los católicos en el campo de una nueva evangelización. La evangelización renovada es ciertamente tarea primordial de la Iglesia. Mas queda en la sombra lo que acaso es el punto saliente del concilio toledano en su proyección sobre cualquier tiempo futuro. Con aplauso y alegría de los obispos, el rey, que fue el convocador del Concilio, destaca en todas sus intervenciones (...) que es misión principal del gobernante, además de lo que atañe a la paz y la prosperidad terrenales, la solicitud por el bien espiritual y religioso, en la comunión de la Iglesia y en conformidad con su enseñanza. El Concilio proclamó que el rey había cumplido su 'deber apostólico'. El Concilio Vaticano II ha reafirmado que la *solicitud positiva* en favor de la vida religiosa y moral de los pueblos es tarea de todo poder público, en el marco de la libertad civil y religiosa. La cuestión es *de qué modo, en las nuevas circunstancias*, pueden y deben realizar esa tarea los católicos en su función de ciudadanos que participan en el gobierno de la comunidad civil. Orientar sobre esto es también parte de la Evangelización, según la tradición de la Iglesia, tan intensamente pregonada desde el último Concilio».

Para concluir explicando: «En unas páginas escritas un mes antes del documento de la Comisión Permanente, el que suscribe trató de llenar el vacío y la desorientación que se están padeciendo en ese campo y que afectan al quehacer presente y futuro de los católicos. La gravedad de la situación se refleja en el título. Las páginas fueron escritas para corresponder a un ruego de don Miguel Ayuso, profesor de Comillas, quien preparaba, para Ediciones Iglesia-Mundo, una colección de comen-

tarios en torno al III Concilio de Toledo, redactados por distintos autores. Con licencia del profesor Ayuso, damos el texto en este Boletín.

El texto, en efecto, vio de nuevo la luz posteriormente con el resto de las contribuciones en el número 384 de la segunda quincena de abril de 1989, de la revista *Iglesia-Mundo*, monográfico sobre la cuestión, y que yo coordiné. Puestos a reproducir ahora, en homenaje a la memoria del prelado que nos ha dejado, uno de sus escritos, entre los más adecuados para nuestra *Verbo*—y había varios, desde la «Confesionalidad católica del Estado» (1973) a «La invariante moral del orden político» (1982)— surge nuevamente ese del año 1989. Por la importancia de la ocasión histórica a que se contrae. Por el carácter inconformista que lo distingue. Y porque plantea ayuntadas las dos corrientes cruciales: la de la moral del orden político —que conduce a la confesionalidad— y la de la predicación de la Iglesia.

\* \* \*

Pero, antes, permítaseme, para concluir, una nota personal. Porque don José Guerra Campos se cuenta entre las personas que el Señor, en su gran bondad, ha puesto en el camino de mi vocación para hacerme fructificar y perseverar en ella. Es verdad que, a lo largo de veinte años, no han sido demasiadas las ocasiones en que he podido tratarle: apenas una docena de veces, a solas o con distintos amigos, pero siempre de varias horas. Como también es cierto que no he dispuesto de una intensa correspondencia escrita: don José rara vez contestaba las cartas, pese a lo cual conservo algunas enviadas, además, cuidadosamente de su puño y letra. El teléfono, por contra, sí que lo utilizaba intensamente. Cuando llamaba, lo hacía siempre personalmente, sin mediación de secretario alguno. Igual que cuando contestaba también era frecuente que lo hiciera así, con la correspondiente sorpresa del interlocutor. Las conversaciones, además, se dilataban notablemente y no recuerdo haber mantenido comunicación alguna con él que bajara de media hora.

Muchas veces he pensado en la soledad de un hombre que podía no encontrar «con quién hablar». Con quién hablar de las cosas que le preocupaban y con la sensibilidad que él tenía. Por eso, se aferraba a las visitas, incluso a las incorporales, como las telefónicas. En una ocasión, cuando acompañé a Cuenca a mi inolvidable amigo el profesor de Dallas Federico Wilhelmsen, también fallecido, y que tenía gran interés en conocerle, entramos poco después de las diez y no salimos hasta pasadas las tres. Don José apenas nos dio ocasión de hablar, y Federico, al despedirse, le dijo que se encontraba muy impresionado tras haberle conocido, pero que lo único que sentía es que no le había dado opción para que a su vez le conociera a él. Era verdad, pero era una sensación con la que yo nunca salí después de verle en aquellas maratónicas audiencias, en el austerísimo palacio —es casi una broma llamarlo así— episcopal de Cuenca o en la igualmente severa casa madrileña de la calle Arrieta. Yo, por el contrario, percibía que, pese a haber hablado poco y escuchado mucho, don José sí que me había conocido, y que por eso me decía exactamente lo que me había dicho. Y es que la apariencia pública lejana y hasta un poco afectada, se tornaba en privado en una delicadeza y una sencillez extremas. Por lo mismo, también he pensado muchas veces en cuántos —obispos incluidos— no le han conocido.

Recuerdo también otra emocionante conversación de varias horas, esta vez en Madrid, con Estanislao Cantero y Luis María Sandoval. Tras hablar largamente sobre temas de política eclesial y tras haber hecho afirmaciones severísimas sobre la situación de la Iglesia en España y en el mundo, se transfiguró abriéndonos su corazón. Recuerdo sus palabras: «El fracaso aparente —vino a decir— no nos debe desilusionar. Cristo fue el gran fracasado y ese su gran fracaso le valió el gran triunfo. Dios saca bien del mal. Además, el Señor nos ha prometido que nos enviará el consolador, que estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo y que haremos por su nombre sus mismas obras y aun mayores». ¡El «político» Guerra Campos! ¡Qué falta de visión la de quienes así le motejaban! En lo que a mí toca, no me cabe la menor duda: hemos perdido a la mejor

cabeza, pero también al corazón más grande de la Iglesia en España. Desde el pensamiento tradicional la orfandad es, si cabe, mayor, pues era el último obispo con ideas claras en muchos terrenos, a comenzar por el político. Se ha dicho, así, con pérfida intención, que con él se va el último obispo del «antiguo régimen». Pero la cosa es mucho más grave. No es el antiguo régimen lo que está en juego. Si fuera eso... Es el entendimiento de la oposición del mundo moderno al orden sobrenatural, no en el simple sentido de un orden natural desconocedor de la gracia, sino en el más radical de opuesto tanto a la naturaleza como a la gracia.

MIGUEL AYUSO